

en su amor, que lo menos que me figuré fué que me habia abandonado.

Mi inquietud era grande, porque me suponía que estaba enfermo, que le habia sucedido alguna desgracia, y no sabia qué partido tomar.

¿Buscarlo? ¿Adónde? Ni yo conocia la ciudad, ni sabia la calle en que él vivia.

Esperar era lo mas prudente; él me amaba, y aun cuando no fuera por mí, iba yo á ser madre y él no podia abandonar así á su hijo.

Pasó un mes, y determiné por fin salir en su busca.

Para no perderme en las calles de la ciudad, determiné que me acompañase la mujer que me servia; todas las mañanas saliamos en busca de Don Pedro, y no podiamos encontrarle, retirándonos fatigadas en la tarde.

Un dia en que estaba yo casi desesperada, acerté á pasar por delante de una gran casa que habia en la calle de Ixtapalapa.

Multitud de lacayos y de palafreneros conversaban en el zaguan de la casa, y se divertian diciendo chuscadas á las mujeres que por allí pasaban.

Llegaba yo tímida á pasar por allí, cuando con la mayor sorpresa distinguí entre aquellos hombres á uno de los criados de Don Pedro, que se llamaba Salvador, y al que habia yo conocido perfectamente cuando estuvimos en la hacienda de Mejía.

Conocióme él tambien, y apartándose de los demás, se dirigió á mí.

—Señorita, me dijo, ¡cuánto tiempo hace que no os veia!

—¡Salvador!—le contesté—¿qué ha sucedido con Don Pedro? ¿está enfermo, ausente?

—No señora, está muy bueno y sano aquí en México.

—Pero no ha vuelto á verme desde que llegué.

—Qué quiere vd., señora, así es el señorito con todas las mujeres.

Aquella respuesta me heló el corazon.

—Gasta—continuó el lacayo—tira y hace mil locuras por una muchacha, mientras que le dura el capricho; despues, anda vete, como si no la hubiera conocido: le he visto encontrar á una chica con quien tuvo unos amores muy fuertes, y ella se lo quedó mirando que hasta parecia tonta, y él ya ni se acordaba, y me preguntó: Salvador, ¿quién es esa muchacha? no está fea. Y cuando le dije quién era, se echó á reir como un niño.

Escuchando á aquel hombre, sentia yo que se hundia la tierra bajo mis plantas.

—Ahora—continuó Salvador—está muy entretenido con una muchacha muy bonita, y con esa sí puede ser que se case, porque esa sí es española.....

No pude soportar mas tiempo aquel martirio.

—Oye, le dije, voy á pedirte un favor.

—Mándeme la señora.

—Vas á dar un recado á tu amo, de mi parte.

—La verdad, eso no, porque me regaña.

—¿Por qué tiene de regañarte?

—¿Cómo por qué? porque cuando le hablo así de las mujeres que él ya dejó, me dice siempre muy atufado: «¿Quién te mete en eso? Si la quisiera yo para algo, ¿crees que la hubiera abandonado?»

Me puse á llorar con tanta amargura, que Salvador no pudo menos de conmoverse.

—Vamos, señora, me dijo; no llore vd., yo veré si aprovecho un rato de buen humor del amo, y le digo. Vamos, ¿qué quiere vd. que le diga?

—Que quiero hablarle, que no exijo ya que me ame, pero que muy pronto voy á ser madre de su hijo; que no creo que tenga valor de abandonar á su hijo á la miseria; ¿lo entiendes? á la miseria.

—Sí, señora, yo se lo diré, pero creo que salimos mal.

—¿Mal?

—Sí, porque el amo es tieso, y yo le conozco muy bien; ya otras pobres..... pero en fin, se lo diré.

—¿Y me avisarás lo que contesta?

—Sí señora; ¿adónde os llevo la razon?

—¿Sabes mi casa?

—¿La que os tomó el amo?

—La misma.

—Bueno; entonces allá iré á deciros lo que se ha adelantado; pero no fieis, porque yo sé que no hará caso, y bueno será que vayais tomando vuestras providencias.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, allá os hablaré mas espacio.

—¿Cuándo irás?

—Esperadme; mañana ó pasado mañana.

—Adios.

—Adios, señora.

No cesé de llorar desde allí hasta mi casa, que en verdad estaba muy retirada.

* *

Salvador cumplió, y al otro dia temprano fué á verme.

En el rostro le conocí que no llevaba buenas noticias.

—¿Qué hay?—exclamé al verle entrar.

—Lo mismo que os habia yo dicho; el amo me ha regalado de lo lindo.

—¿Pero qué te dijo para mí?

—Para vos ni palabra; me llenó de improperios por haberme metido en este asunto: «que ya se habia cansado de vos;» «que si teniais un hijo, que Dios os la deparara buena,» y en fin, que si me habia yo figurado que era un lacayo para casarse con una criolla pobre, ó un tonto para estarla manteniendo toda la vida, y que bastante honor os habia hecho con teneros por dama algunos meses.

—¡Infame!—exclamé yo.

—Estábamos en esta tinga, cuando acertó á entrar el padre del amo, que es un señor español de muy buen corazon, y oyó de lo que se trataba.

—¿Y qué dijo, qué dijo?

—¡Ah! ese es otra cosa; regañó á mi amo por andarse metiendo en amoríos con las criollas, y le dijo que estos disgustos él se los buscaba porque se olvidaba de su alcurnia, bajándose así.

—¿Eso dijo?—pregunté indignada.

—Sí; pero agregó: «esa mujer, ya que fué tu dama, no la abandones así, porque ya le diste honra que no merecia; es necesario que hagas algo por ella,» y entonces le aconsejó lo que debia hacer.

—¿Y qué era ello?—pregunté.

—Pues una cosa natural—continuó Salvador:—me preguntó el amo si érais dama de mi gusto, contestéle que «muy mucho,» y me dijo: pues entonces tómalas por tu cuenta, que yo te aumentaré el salario en diez pesos para que puedas mantenerla: creo que no quedareis disgustada, porque al fin, algo habeis sacado, hermosa mia.

La sangre me ahogaba; aquello era una indignidad, una afrenta espantosa; aquello no tenia nombre.

El lacayo me tendia sus brazos para tomarme entre ellos,

creyendo sin duda que me consideraba yo feliz con lo que me proponía en nombre de sus amos.

—¡Miserable!—le grité dando un paso atrás—miserable lacayo! no me toques, porque sería yo capaz de morirme de ira.

—Adios—dijo él con desprecio—¡qué criolla tan alzada!

—Retírate, Salvador, retírate; no vuelvas á poner aquí jamás un pié: dile á ese infame de Don Pedro, dile á ese miserable de su padre, que yo trabajaré para mantenerme y para mantener á mi hijo, que me olviden como yo los desprecio á los dos, y que el cielo vengará mi inocencia y mi candor burlados por ese hombre, que solo por rico se titula caballero: sal de mi casa, sal inmediatamente.

Salvador espantado de aquel arranque de furor que estaba muy lejos de esperar, salió sin murmurar una palabra.

Le ví alejarse, cerré la puerta de mi cuarto, y me arrojé sollozando en un sitial.

La miseria me abrumaba; apenas tenías cuatro meses de nacida, hija mia, y yo tenía ya que ganar mi vida en los mas rudos trabajos en que puede ejercitarse una pobre mujer.

Barria en las calles, ayudaba en las casas, hacia mandados en los conventos de monjas, y todo esto por una retribucion tan corta, que me alcanzaba apenas para comer.

Habia dejado ya la casa que tomó para mí Don Pedro, y dormía en un rincon del pobre cuarto que ocupaba la mujer que habia sido mi criada; todos los muebles los habia vendido, y solo conservaba un colchon que tendía en el suelo por las noches.

Aun era yo jóven, y no me faltaban pretendientes que me ponian asechanzas, queriendo aprovecharse de mi desgracia y deslumbrarme con promesas; pero yo rechacé siempre esas proposiciones con desprecio.

Logré encontrar, por fin, un destino en una especie de hostería que se habia establecido en la ciudad.

En aquel tiempo comenzaban á ponerse en México casas para los caminantes, y hosterías.

En la que yo encontré acomodo concurrían gentes de buena clase, los jóvenes alegres y de la nobleza, y algunas familias que iban allí á tomar refrescos ó á cenar.

Yo era jóven, y me encargaba la dueña de la casa de servir á los parroquianos limonadas, licores, bizcochos y otras cosas.

Como era natural, los jóvenes comenzaron á floearme, y se atrevían, ya á apretarme la mano, á querer abrazarme, ya á procurar, aprovechándose de una distraccion, darme un beso.

Yo sufría porque tenia necesidad de ganar mi vida, para dársela á mi hija.

Los parroquianos alegres me llamaron Hebe, que era, segun la mitología, la que servía á los dioses el néctar, y yo tenia que obedecer y responder por este nombre mitológico.

Se distinguía entonces entre los concurrentes un hombre ya de edad, pero que era uno de los mas *tormentistas*, como los otros le decían; llevaba allí á unas damas de alegre vida, y con dos ó tres amigos permanecía en la casa, tomando, jugando y conversando hasta muy entrada la noche.

Este hombre, cuya historia supe despues, se llamaba Don Baltasar de Salmeron.

Don Baltasar determinó que yo sería suya, y comenzó á molestarme de dia y de noche, ofreciéndome y amenazán-

dome sin alcanzar nada, y luego hasta interesar en favor suyo á la dueña de la casa, que se convirtió en intérprete de sus deseos y en auxiliar de sus malos intentos.

Una noche Don Baltasar permaneció hasta muy tarde en la casa; observé que pedia mas de beber que de costumbre, y que estaba sombrío. Un amigo íntimo suyo le acompañaba y se habian sentado en una mesa que estaba cerca de la entrada de la cocina.

Como la noche estaba muy avanzada, se habia cerrado ya la puerta que daba á la calle, y en la casa, á excepcion de la patrona que hacia sus cuentas del dia, y yo que velaba por lo que pudiera ofrecerse, todos los demás dormian.

La conversacion de Salmeron y de su amigo era acalorada, y la curiosidad me llevó á escuchar: aquel diálogo me interesó.

—Sí, amigo—decia Don Baltasar apurando un vaso de vino—hoy hace años la ejecucion de las Carbajales, y necesito distraerme para olvidar.

—¿Tal efecto os hizo?

—Si supiérais esa historia.....—Don Baltasar apuró otro vaso. Comenzaba ya á estar alucinado.

—Contádmela.

—¿Que os la cuente?... Vaya..... os la contaré, aunque no con sus pormenores, porque vos sabeis ya algo; pero en fin..... ¿os acordais de las Carbajales?

—Mucho: tres muchachas como tres granos de oro, como tres perlas, Doña Isabel, Doña Leonor y Doña Violante.

—Eso es, cierto: pues yo era el amante de Doña Isabel.

—¿Cómo? de la casada con.....

—De la misma; esa dama tan rica y tan orgullosa, fué mi dama.

—Y decian que era tan honrada!

—Já, já, já—¿honrada, eh? Pues quince dias vivió conmigo en una casa que está cerca de la capilla de los Mártires.

—¿Y su marido?

—Vereis, vereis si soy tonto: mucho tiempo la seguí, y ella nada, desprecios y mas desprecios: se casó y tuvo una hija, ¿recordais?

—Recuerdo.

—Robésela y púsele por condicion para volverla á su poder, que me visitase sola.

—¿Y fué?

—Pues no..... Fué y quiso resistirse allí; pero ya debéis suponer que era locura: fué, y me la tuve allí quince dias.

—¿Y le devolvísteis á la niña?

—No soy tan imbécil: si la hubiera dejado mucho tiempo libre, me pierde, se venga: el dia en que salió de mi poder estaba ya denunciada como judaizante en la Inquisicion, y el mismo dia la aprehendieron, casi al llegar á su casa: quizá me duermo!

—¿Y su padre y su marido?

—En cuanto á su padre, ni sé en qué paró: lo que es el marido, en esa misma noche le despaché al otro barrio.

—¿Le matásteis?

—¿Pues no! Si me iba la vida de por medio!

—¿Y la niña?

—Debe ser ahora ya una moza como una amapola: yo se la dí en guarda á un sepulturero, murió éste de la epidemia de los indios, la niña quedó sola, y entonces se la entregué á uno que habia sido soldado, que se llamaba Luis, y que vivia con su esposa la vieja Esther, que jamás habia tenido hijos.

—¿Moriria tal vez?

—No, y debe ser buena gaita la niña, porque he sabido que Luis se enamoró de ella, que mataron á la vieja y que huyeron; pero algun día la encontraré porque tiene la marca de la familia Carbajal, una llama roja pintada en la espalda.

Yo escuchaba atónita aquella relacion; sin pensarlo habia descubierto el secreto de mi nacimiento y la historia de mi familia.

Absorta en estas meditaciones, no advertí que la patrona de la casa estaba á mi lado.

—Mala costumbre es esa de espiar á los caballeros—me dijo secretamente;—retírate á tu cuarto, que yo arreglaré lo que falta que hacer.

Quise replicar, pero me miró de tal manera, que atemorizada callé, y tomando á mi hija, me retiré al aposento en que dormia.

Era este aposento un cuarto que tenia una ventana para una casa inmediata, y una puerta que comunicaba con la cocina de la hostería.

Apagué la luz, y pensando en Doña Isabel y en Don Baltasar y en todo lo que habia descubierto aquella noche, me quedé dormida arrullando á mi hija y soñando que caia yo en poder de Salmeron.

Desperté como sofocada; sentia que me oprimian, y creí al principio que era un sueño; pero bien pronto me convencí de que era una realidad.

Dos brazos me estrecharon, y una boca se posaba sobre la mia, y me daba besos que me sofocaban, que me querian ahogar.

Luché al principio por desasirme, pero no era posible;

eran los brazos de un hombre robusto los que me aprisionaban: entonces conocí que mi única defensa era gritar.

Quise entonces gritar, y grité:

—¡Socorro!.....

Pero una de las manos de aquel hombre buscó mi boca y me la tapó hasta ahogarme.

Luchaba yo con todas mis fuerzas, despertó la niña y comenzó á gritar.

Luchando siempre, logré levantarme; aquel hombre debia estar muy borracho, porque vacilaba, y el nauseabundo olor del vino salia de su boca.

Por un momento quedamos inmóviles de fatiga; entonces él, aprovechándose de aquella tregua, me dijo:

—Cállate, muchacha; si no me conoces, yo soy rico, yo te sacaré de este miserable estado.

—Si no os retirais grito, grito—le contesté.

—Eso será inútil; la patrona que podia auxiliarte está enteramente á mi disposicion, la tienda está cerrada, y nadie vendrá en tu auxilio.

—Sí, vendrá Dios.

—¿Vendrá? pues aguárdale; no vaya á dejar ahora de hacer un milagro por una perdida como tú, y luego criolla.

—Dejadme, dejadme.

—Oyeme, soy el que por tanto tiempo te ha rogado, soy Don Baltasar de Salmeron.

—¡Infame, el asesino de mi madre!—exclamé sin poder contenerme.

—¿De tu madre?—exclamó él, y sentí que sus manos me estrechaban con menos fuerza.

—Sí, sí, dije yo queriendo aprovecharme y desasirme de él.